

Una Fiesta Nocturna y un Sueño Solitario

¿Cómo voy a explicar esto? ¿Sería mejor no volver en absoluto? ¿O sería aún más egoísta? Mi mente da vueltas mientras consulto la hora en mi móvil. Ya son las dos de la mañana. Suspiro, respiro hondo y abro la puerta del karaoke. La campanilla suena alegremente. Al oírla, ella levanta la vista del vaso que está secando.

—Vaya, si no es nuestra adolescente delincuente —dice Miki con una sonrisa irónica.

Las luces están bajas en el bar y no hay clientes, aunque aún flota el olor a alcohol. Rumi levanta lentamente la cabeza del mostrador donde la tenía apoyada y se gira hacia mí.

—¡Suzume! —Se pone en pie y corre hacia mí, mientras yo, instintivamente, escondo la mano con la que sostengo a Souta detrás de la espalda. La expresión agotada de Rumi me atraviesa el corazón—. ¿Dónde demonios te habías metido?

—Lo siento, yo...

—¿Sabes lo preocupada que he estado? ¡Desapareciste en mitad de la noche!

—Ya, ya —interviene Miki desde detrás de la barra mientras Rumi se abalanza sobre mí como un halcón—. Ha vuelto sana y salva.

—Lo sé, pero...

—Yo también me escapé de casa muchas veces —dice Miki.

Mientras proceso esta nueva información sobre Miki, mi estómago ruge con fuerza.

—¡Perdón! —digo, llevándome la mano al vientre, sonrojada.

Rumi suspira y me dedica una sonrisa irónica.

—...En fin, ¿qué te parece si comes algo?

Las tres nos ponemos en la pequeña cocina y barajamos ideas sobre qué preparar. Ramen a estas horas no es precisamente lo más saludable, y el yakisoba tampoco. El ochazuke no nos haría sentir culpables, pero tampoco nos llenaría. Probablemente deberíamos optar por verduras. Pero, siendo sinceras, ¿no es justo



lo que nos apetece algo de carbohidratos? Al final, nos decidimos por udon frito con muchas verduras.

—Eso pide un huevo frito encima —dice una de ellas, y la otra pide una montaña de jengibre encurtido. Cuando me preguntan cómo lo quiero yo, digo que en casa solemos añadir ensaladilla rusa.

Silencio. Luego...

—Sabes, en realidad...

—¿Y las calorías?

—Como he dicho, ¿no es justo eso lo que nos apetece?

Esta discusión nos lleva a un menú oficial de udon frito con ensaladilla rusa y muchas verduras, con huevo frito encima. Rumi calienta un poco de aceite de sésamo en una sartén mientras yo pico las verduras, y luego ella cuece unos paquetes de udon en el microondas. Mientras Rumi saltea las verduras, yo salteo los fideos. Miki saca un bol de ensaladilla que tienen en el bar y pone unas buenas cucharadas sobre los fideos. Yo lo mezclo todo con los palillos de cocina. Somos tan eficientes como el mejor equipo de economía doméstica, hablando y riendo todo el tiempo.

—¡Gracias por la comida!

Nos sentamos en un reservado en medio del local y comemos nuestro udon frito. Rumi y Miki dicen que está increíble, y yo me siento tan orgullosa que podría flotar sobre los cojines. Miki dice que estaría aún mejor con cerveza, así que Rumi saca unas latas de la nevera y me da un ginger ale. Brindamos. El líquido burbujeante y frío ayuda a bajar los pesados fideos fritos. Siento que podría seguir comiendo y bebiendo eternamente.

Después de arrasar con los fideos, sacamos algunas patatas picantes, calamares secos y queso camembert que sirven en el bar. Me siento como en la fiesta de fin de curso de un festival escolar. Rumi es de tercero, Miki de segundo y yo la novata de primero. Sus vestidos llamativos parecen disfraces de festival. El bar, con su luz amarilla indirecta, parece un aula decorada después de clase. Miro hacia el rincón y veo la sillita infantil apoyada contra la pared, como un estudiante mayor, guapo y distante, perdido en sus pensamientos. Me levanto del reservado y me acerco a él.



—¡Souta, ven a pasar el rato con nosotras!
—¿Yo? —susurra.
Lo cojo antes de que pueda protestar.
—¿Pero qué haces? —protesta él.
Lo ignoro y lo coloco junto a la mesa, luego me siento encima.
—¡—! —gime. La silla de tres patas ni siquiera cruje bajo todo mi peso. Le oigo murmurar “Venga, ya” a mis espaldas.
—¿Eso qué es?
—¡Qué mona! ¿Es una sillita infantil?
—¿Por qué la has sacado?
—Eh... para recordar Kobe —respondo sinceramente.
Rumi y Miki se ríen y dicen que no tienen ni idea de a qué me refiero. Nos hacemos una foto juntas con la silla, y luego lavo los platos rápidamente usando las habilidades que he perfeccionado estos dos días. Casi puedo oír a las demás decir: “¡Nos vemos mañana en clase!”.
Y así, la fiesta termina.

* * *

—Apuesto a que piensan que eres una chica rara —dice Souta, riendo.

Estoy tumbada en el banco donde comimos el udon frito, y él está sentado junto a mi almohada. Rumi me dejó ducharme y me prestó una manta, y ahora estoy a punto de dormirme, vestida con una camiseta.

—¿Por sentarme en una sillita infantil?
—Por desaparecer y luego volver a aparecer en mitad de la noche.
—Puede que tengas razón.

Rumi y Miki —y Chika también— son tan despreocupadas. Les da igual la excentricidad de los demás. Es como si entendieran perfectamente que cada uno vive en su propio mundo. Solo llevo



dos días fuera de casa, pero mi vida ya se ha vuelto mucho más vibrante.

—Souta, ¿siempre viajas así? —pregunto, pensando que suena como una forma de vida bastante agradable.

—No siempre. Tengo un piso en Tokio.

—¿De verdad?

—Estoy planeando ser profesor cuando me gradúe en la universidad.

—Vaya —digo, mirándole.

—¿Qué? —responde él, devolviéndome la mirada.

¿Universidad? ¿En serio?

—¡No me lo puedo creer! ¿Eres universitario?

—Sí, ¿y?

—¿Y vas a buscar trabajo? ¿Pero qué pasa con ser Closer?

Así que no es un vagabundo profesional... Mi mente se pone a dar vueltas mientras la silla de cara inexpresiva empieza a hablar como una persona normal. Puedo oír la sonrisa en su voz cuando responde:



—Cerrar puertas es algo que mi familia ha hecho durante generaciones, y seguiremos haciéndolo muchas más. Pero no da para vivir.

—Ah... —Tiene sentido. Hay que comer. Hay que vivir. Ahora que lo menciona, parece lógico. Nadie te va a pagar por cerrar puertas. Aun así...

—...Pero es un trabajo importante.

—Es mejor si las cosas importantes se hacen en secreto.

Un escalofrío me recorre la espalda. Nunca se me había ocurrido ese pensamiento. Siempre he supuesto que cuanto más importante es tu trabajo, más atención recibes y más dinero ganas. Souta me mira a los ojos y dice con voz tranquilizadora:

—No te preocupes. Volveré a mi forma original y seguiré cerrando puertas mientras trabajo de profesor.

La calma de su voz me relaja, y pronto me quedo dormida. Pero en los breves momentos antes de dormirme, mi mente vuelve a la noria. La cima, donde estuvimos los dos, es un lugar al que nadie más podría haber llegado. Allí arriba, dejamos una especie de marca secreta que nadie más puede ver. Me sentí tan orgullosa que todo mi cuerpo tembló en silencio. Repasando esa sensación, me quedo dormida.

❖ ❖ ❖

Al dormirme no tengo sueños. pero Souta sí. Su sueño es solitario, desconectado—un sueño que nadie más podría compartir y que ni siquiera él recuerda al despertar. Está sentado en una sillita infantil de tres patas, recordando cosas que ha dicho. Cosas que ha dicho sobre volver pronto a su forma original, sobre cerrar puertas y trabajar como profesor.

Pero... —piensa—. ¿Y si ya...?

En cuanto ese pensamiento cruza su mente, su cuerpo se vuelve tan pesado como el plomo, como si la gravedad se hubiera vuelto de repente más fuerte. Se hunde en el asiento, y cuando su peso supera cierto punto, el asiento desaparece como una burbuja que estalla.

“...”

Cae y cae. Cuando levanta la vista, sorprendido, se ve a sí mismo todavía sentado en la silla, inmóvil. Su espalda está encorvada por el cansancio y sus ojos están cerrados. Su figura, como una cáscara vacía, se aleja hasta que finalmente se funde con la oscuridad.

Oh, está desapareciendo, piensa, resignado. Ya lo ha aceptado. No era lo que quería, pero lo acepta como lo que es.

Al cabo de un rato, aparece una ciudad en llamas en el horizonte lejano. Sabe que está muy, muy lejos, pero cuando entrecierra los ojos, puede verla con gran detalle. Contra las llamas rugientes, puede distinguir postes eléctricos doblados, montones de coches,



ventanas rotas con cortinas ondeando y ropa tendida bailando en la cuerda, todo como miniaturas elaboradas. Puede verlo todo, pero solo pasa por su campo de visión.

¿Ni siquiera puedo ir allí?, piensa. ¿Entonces a dónde puedo ir? Ese lugar debe de estar tan lejos, como una especie de limbo.

Mientras desciende por el agua opaca, sin color ni sensación, poco a poco se va desligando del mundo. Los hilos que lo atan a él se rompen uno a uno. La luz desaparece. El sonido desaparece. Su cuerpo desaparece. Luego, los recuerdos. Frío. Frío. Frío. Frío... El último hilo se rompe.

“...”

Pero su alma permanece. Así que este lugar debe de ser...

Abre los ojos. Sigue sentado en la sillita infantil. Cuando levanta la cabeza, ve una puerta de madera antigua frente a él. Mira a su alrededor y se encuentra en una playa, al borde del agua. Lo único en esa orilla infinita son la puerta y él, sentado en la silla.

En el límite donde el mar se encuentra con la arena hay una línea interminable de huesos blanqueados. No sabe si antes pertenecieron a peces o a personas, pero son perfectamente blancos, como si el artista que dibujó el mundo se hubiera olvidado de pintarlos. La línea de huesos blancos le parece una frontera que divide el mundo en dos. Él está de este lado, y la puerta está al otro.

Vuelve a mirar la puerta. Hay motivos vegetales tallados en la madera. La pintura se está descascarillando. Le resulta familiar, pero esa familiaridad no lleva a ninguna parte. No puede recordar nada. El hilo que conecta sus emociones y sus recuerdos está roto.

—Yo... —murmura, sin saber qué decir a continuación.

Su aliento sale en bocanadas blancas.

Más allá de la puerta, susurra su corazón.

Intenta levantarse, pero las piernas no le responden. Mira hacia sus pies y se sobresalta. Sus pies desnudos, apoyados en la arena, están cubiertos de hielo. La gruesa capa se extiende mientras la observa, haciendo un pequeño sonido rasposo como el canto de un insecto. Llega hasta sus rodillas, congela sus muslos y se



extiende por el torso, como si tuviera voluntad propia, como si quisiera sujetarlo a ese lugar lejano.

Ah, piensa, y deja escapar un largo suspiro. Incluso su aliento sale en fragmentos brillantes de hielo.

—Así que hasta aquí he llegado...

Inclina la cabeza, con una sonrisa en los labios. Su cuerpo cubierto de hielo se vuelve más pesado, pero el frío adormece incluso la sensación de peso. La ausencia total de sensación es extrañamente dulce.

“...”

A lo lejos, oye una voz. La ignora y se hunde en la nada placentera que se expande.

“...”

¿Quién es? De repente se irrita. ¿Por qué no me dejan en paz? ¡He elegido dormir! Esta vez, por fin todo iba a desaparecer.

—¡Souta!

Cuando la voz le alcanza, la puerta se abre y entrecierra los ojos ante el resplandor del otro lado.



—...¿Suzume? —dice Souta, adormilado.

¡Funcionó! Realmente se ha despertado. Chika, siento haber dudado de ti.

Souta me mira con los ojos tallados en el respaldo de la silla.

—Buenos días.

—...Por fin te has despertado —suspiro teatralmente, lo coloco en el banco y le enseño el móvil—. ¡Mira, es Daijin! ¡Alguien ha publicado más fotos tuyas!

Souta gira lentamente el respaldo para ver mi feed de redes sociales.

—...Suzume —murmura, aún mirando la pantalla.

—¿Hmm?

—¿Me has hecho algo ahora mismo?

“Si les besas, se despiertan.” Recuerdo la voz sabia de Chika. Tenía razón.

—...Nada en particular.

Ya sabemos cuál es nuestro próximo destino, así que tenemos que ponernos en marcha. Me pongo la chaqueta vaquera y meto la sillita infantil en mi bolsa. Fuera, el cielo es de un azul nítido.

